

# *Donde habitan los recuerdos*

*La última jornada de las «Rutas Literarias» estuvo marcada por la nostalgia*

**Miguel A. Nepomuceno**

La charla adquirió especial significado dada la calidad de los intervinientes, quienes, como Antonio Pereira, cautivaron al numeroso auditorio desde el mismo momento en que comenzaron a desgranar sus recuerdos más personales. Ante la ausencia de Fernando Sánchez Dragó, por un viaje de última hora a Oriente, la sesión se centró en estos tres admirados escritores que, de la mano del moderador -el también espléndido poeta Juan Manuel González-, comenzaron a recorrer los senderos de su niñez por las tierras castellanasy leonesas.

Comenzó hablando el escritor facundino Jesús Torbado de su relato «Cosecha Santa», una fabulación sobre un hecho real que se producía frecuentemente en la Tierra de Campos, «donde la única salida para un joven con intereses culturales era o entrar en el seminario o quedarse para siempre en el campo». Estas levas de jóvenes que se llevaron algunos de nuestros mejores talentos fuera de León para nunca más regresar, es el tema de ese fascinante relato en el que un maestro de escuela se ve presionado y sobornado para obtener de él por parte de los curas a los jóvenes más despiertos y con mayor talento de los que habitualmente frecuentaban las escuelas rurales. «Esto marcó de manera significativa mi trayectoria vital, dejándome una especie de resentimiento del que nunca más pude sustraerme».

Fue el villafranquino Antonio Pereira quien tomó la palabra para remontarse, con ese verbo tan fluido y coloquial, a las zonas más lejanas de su infancia, cuando allá en su Villafranca natal disfrutaba con la llegada de los viajeros, de los peregrinos «o de las robustas mozas que venían de la capital con ese acento peculiar y de las que yo. Como era un muchacho muy enamorado me quedaba prendado enseguida. Luego cuando llegaba el Cristo y las mozas se iban a sus respectivos pueblos de la meseta al concluir las fiestas, yo me quedaba un tanto desangelado en la ferretería de mi padre esperando que aquellas guapas chavalas me escribieran desde la capital. Cosa, naturalmente, que nunca ocurría». Fue todo un fluir continuo de sensaciones, de vivencias, de recuerdos, los que el «venerable» fabulador berciano dejó en el

ambiente de una sala que poco a poco se fue quedando pequeña para escuchar a estos tres excelsos narradores. Cerró la jornada matutina José María Merino, quien con la agilidad verbal que siempre le ha caracterizado, habló de su segundo viaje a Babia. «Un viaje que fue un poco como la continuación de aquel otro que hice con Luis Mateo hace ya varios años y que ahora me volvía a apetecer de nuevo visitar». Señaló el escritor que algunos de sus cuentos más leídos, como el «Caldero de Oro», están desarrollados «en esta tierra para mí llena de recuerdos, de espacios abiertos y de montañas que eran accesibles al hombre como las Ubiñas, a las que cualquier viajero inquieto podía acceder y no como sucedía con las altas cumbres del Everest donde el viaje es imposible y además te puede costar la vida». Habló de la nostalgia que le producen los paisajes aquellos de los amigos con los que viajó y las palabras y versos de algunos de ellos, como los de Pereira con los que cerró su relato. Por la tarde, abrió la sesión el escritor abulense José Jiménez Lozano, que fue presentado con la habilidad de la que tiene costumbre Gonzalo Santonja, diciendo que era «el patriarca de las letras de Castilla y León». Seguidamente, Jiménez Lozano se remontó en su relato al oficio del escritor, del que dijo «tenía la difícil tarea de mirar hacia atrás y convertir esa mirada en algo creíble».

Siguió en la disertación el escritor vallisoletano Gustavo Martín Garzo (de madre leonesa), de quien dijo Santonja que era un auténtico realista. En su relato «El otro canal», Garzo narra dos historias que había vivido de niño en un pueblecito de Valladolid, en el que se cuenta cómo un hombre llamado Luis inventó una especie de piragua que servía para navegar por el río como por debajo del agua. Cuando la mostró a todos en la práctica, ésta se hundió y la consternación en el pueblo fue tan tremenda que nadie se atrevió a reír. Andrés Sorel hizo un relato muy nostálgico de los años después de la muerte de Franco.

